

28-9-2001

## YO TENGO FE

Yo tengo fe... Y creo en el único Dios verdadero, el que se es en sí, por sí y para sí su misma subsistencia eterna y suficiencia infinita; y en su unigénito Hijo Jesucristo, su enviado, el Ungido de Yahvé, el esperado de las naciones, el prometido a nuestros santos Padres y el ansiado por los Profetas; «Dios de Dios, Luz de Luz», de la misma sustancia y naturaleza del Padre y del Espíritu Santo.

Y por ello, puedo decir con el Apóstol San Pablo: «Estoy crucificado con Cristo: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí; vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí»<sup>1</sup>.

Yo tengo fe... Y «creo en el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria»<sup>2</sup>.

Un solo Dios y tres personas, iguales en su ser y distintas en sus personas.

Y mi vida de fe, llena de esperanza y encendida en el amor, me hace conocer, penetrar y saborear esta inefable, maravillosa y trascen-

*Nihil obstat:* Julio Sagredo Viña, *Censor*  
*Imprimatur:* Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin  
*Vicario General*  
Madrid, 1-11-2004

3ª EDICIÓN

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia Sánchez Moreno y del libro publicado:  
«VIVENCIAS DEL ALMA»

1ª Edición: Noviembre 2004

© 2004 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006	ROMA - 00149
C/. Velázquez, 88	Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91.435.41.45	Tel. 06.551.46.44

E-mail: [informa@laobradelaiglesia.org](mailto:informa@laobradelaiglesia.org)  
[www.laobradelaiglesia.org](http://www.laobradelaiglesia.org)

[www.clerus.org](http://www.clerus.org) *Santa Sede: Congregación para el Clero*  
*(Librería-Espiritualidad)*

ISBN: 84-86724-67-8

Depósito Legal: M. 35.582-2006

<sup>1</sup> Gál 2, 19-20.

<sup>2</sup> Credo de Nicea-Constantinopla.

dente realidad, principio y fundamento de esa misma fe que poseo, y luz que esclarece todos los misterios que ella contiene, y que a mí me han sido manifestados en sabiduría amorosa, especialmente desde el 18 de marzo de 1959, para que los comunique, con el mandato de: «¡Vete y dilo...!»; «¡Esto es para todos...!».

«Yo sé que Dios se es –escribía el 23 de enero de 1960–.

Y lo sé, sin saber, en su eterno entender; aunque lo que yo sé, Dios es, por haberme metido en su mismo saber, y en su entender lo sé.

Y aunque lo que yo sé, Dios es, infinitamente me quedó sin saber lo que Dios es, en su ser-se ser; pero, sólo saber que mi Dios se es, me deja enamorada de amor por El que Es...

¡Y qué fuertemente se ha afianzado mi fe al saber que Dios es...!, porque ésta es la raíz de nuestra fe: el saber que Dios se es y cómo se lo es y el por qué se lo es.

Y si yo conozco los dogmas sin saber que Dios se es, y que Dios tiene su ser en sí mismo, todo se tambalea, porque la razón de mi fe está en que Dios se es».

«Si mi Dios no se fuera, nada sería, porque en Él y por Él, por su ser, “en el Verbo fueron hechas todas las cosas”<sup>3</sup>, por y bajo el impulso del Espíritu Santo».

Dios mismo, por un plan de su infinita voluntad sobre mí, innumerables veces me ha lle-

<sup>3</sup> Col 1, 16.

vado a su seno, por ser Iglesia Católica, Apostólica y cimentada bajo la Sede de Pedro, para que saliera cantando a todos, en mi misión de Eco de la Iglesia, la riqueza esencial de nuestra vida de fe, recibida de esta Santa Madre.

Por eso el día 6 de abril de 1959, como en tantos otros días de aquel mes, y del mes anterior y otros meses consecutivos, ante la contemplación de su misterio, con fuerza irresistible me hacía exclamar:

«El ser de Dios..., ese terrible ser de Dios, tan infinito y terrible, en una majestad soberana, en una terribilidad terrible, en una inmensidad aplastante...; ese ser ¡tan infinito y terrible!, es por esencia paz..., quietud..., silencio... ¡Toda la eternidad en un silencio inalterable..., en una quietud incomprensible para nosotros...!»

Toda la vida de Dios es un acto; ¡un acto de ser infinito, fecundo!; y tan infinitamente fecundo e infinito, que el Padre se contempla en un silencio silenciosamente terrible... Y el Verbo, que es la Canción jubilosa y amorosa del infinito Ser, sale, sin salir, del seno del Padre, y le canta, en un grito de ser, todo el ser terrible, inmenso y fecundo, en una sola y silenciosa Palabra: una sola Palabra que es todo el ser en Expresión... Sí, una sola y silenciosa Palabra, una sola y amorosa Palabra, una sola e inexplicable Palabra... Inexplicable para nosotros, pero para Dios explica sin ningún ruido y en un acto todo el ser infinito y acabado del Padre... Es la Expresión adecuada que expresa,

en expresión perfecta e infinita, todo el ser sin principio y sin fin.

Este Padre tan fecundo, tan silencioso, tan amoroso, que se contempla en una contemplación interminable e inempezable, se dice en un solo acto todo su ser inacabable, en una sola Palabra que se le sale de tanto ser fecundo... Y esa Palabra es el Verbo, única Expresión adecuada de Dios en su ser y en sus personas.

El Espíritu Santo tiene que proceder del Padre y del Verbo, porque no hay nada en Dios Padre que no lo haya en Dios Hijo; y el Espíritu Santo es el Amor personal que, reventando en un amor silencioso del seno del Padre y del Verbo, se le sale al Padre como ser amoroso amando al Verbo, y al Verbo como ser amoroso amando al Padre... El Espíritu Santo es el Amor que, reventando, se les sale al Padre y al Verbo en Persona-Amor.

No hay más que una vida en tres personas, un solo ser que los Tres poseen igualmente. Ninguno de los Tres tiene más o menos, o es más o menos su ser. Ninguno de los Tres es antes o después. El Espíritu Santo no es después del Verbo o del Padre. Es el Amor, el Amor del Padre y del Verbo, que no es antes ni después. Dios es un acto purísimo e infinito, y tan perfecto y fecundo, que es toda la vida interminable y fecunda de la adorable Trinidad. No hay más que un Dios que, en un solo momento eterno, se contempla, canta y ama. Un Dios que, por ser Dios, no puede ser de otra ma-

nera. Sí, la vida de Dios..., ¡la única vida...! Todo lo que no es Dios es muerte...».

«¡Y qué gozo...! ¡Y qué alegría...! ¡Cómo lo veo...! ¡Qué gozo tiene Dios por serse Él en sí mismo Canción de júbilo eterno...! ¡Qué gozo tiene mi alma de ver a Dios como es...! ¡Qué gozo...! ¡Qué gozo...!».

«Melodías sacras son los atributos que, en su serse eterno, Dios mismo se es, y en Él son romances que van prorrumpiendo como en cataratas de inmenso poder.

Sabe del Misterio mi alma adorante..., escucha las notas del Serse en su ser..., porque, entrando dentro de sus Manantiales, supo, en sapientales maneras de ver, cómo surge el Verbo del seno del Padre, cual Palabra eterna en su amanecer».

23-12-1975

Y el conocimiento que me da mi fe, esclarecida por los frutos, dones y carismas que el Espíritu Santo ha donado a su Iglesia, me lleva a participar de la misma vida de Dios; pudiendo llamar al Dios tres veces Santo, al Dios altísimo e inaccesible de infinita majestad: «mi Padre Dios», que arde en necesidad de introducir a sus hijos en su seno de Padre, como Él mismo lo imprimía a fuego en mi alma y yo expresaba como podía, con mis pobres y limitadas expresiones, el día 25 de marzo de aquel año 1959:

«Dios quiere ser conocido y amado por sus hijos... ¡Dios quiere que entremos en su seno, para que conozcamos el ser amoroso y calentito de nuestro Padre Dios...!».

«Dios es terriblemente infinito... Dios es un fuego cariñoso que es paternidad infinita. ¡Que Dios es Padre que quiere coger a todas las almas y meterlas en su seno...! Y para esto el Verbo se hizo Hombre: para cantarnos su Canción y darnos el amor infinito que arde en el seno de la Trinidad...

[...] <sup>4</sup> Que cuando hablo de la Trinidad necesito decir a todos que Dios no es un Dios estático, de piedra; Dios se es la Vida reventando en ser, en perfecciones, en riquezas, en belleza, en actividad familiar de Hogar hogareño e infinito, en infinitud infinita de alegría eterna..., en..., en...

[...] ¡Qué grande es Dios...!, ¡qué jubiloso...!, ¡qué Padre...!, ¡qué amor...!, ¡qué concierto de armonías cantado por el Verbo en su sola y eterna Voz en expresión de fecundidad...!

Todos tenemos que ser palabra con Cristo que cante su Canción eterna, porque somos Iglesia... Mi vocación, dentro del seno de esta Santa Madre, es meter a todos los hijos de Dios en el seno calentito de nuestra Familia Divina... ¡Qué reventón de perfecciones infinitas son mis Tres...! ¡Qué terrible es Dios en plenitud de vida...! ¡Que yo lo

<sup>4</sup> Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

veo!, y no lo puedo decir... Pero mi gozo está en saberlo así de rico a mi Padre, aunque yo no le posea en su Luz gozosa...».

«¡Dios mío, que yo necesito cantarte..., cantarte..., cantarte hasta que me muera de tanto quererte cantar sin saber...! Me muero porque necesito cantarte a todas las almas... ¡Cantarte..., cantarte sin parar...!

¡Que todos sepan que Dios es amor! ¡Que Dios es amor...! ¡Que Dios es amor...! ¡Amor infinito...! ¡¡¡Que Dios es amor!!!».

«¡¡¡Que todos se enteren que Dios es amor!!! Amor que se abrasa en deseos de comunicarse a las almas... ¡Que Dios es amor infinito...! ¡¡Que vengan todas las almas al regazo calentito del Padre-Amor!!!».

«¡Que nadie se asuste de Dios...! ¡Que nadie tiemble de un Dios que ha muerto en la cruz por amor...! ¡Que se acerquen al seno calentito del Padre...! ¡Que vayan a la fuente de la Vida, que está en la Eucaristía...! ¡Que vayan las almas y coman al Verbo hecho carne!, que si comen al Verbo Encarnado, hecho Pan por amor, vivirán de la vida eterna en el seno de Dios... Porque donde está el Verbo, está el Padre y el Espíritu Santo. Y en nuestro seno pequeñito y en nuestro ser pequeñito, en el interior de nuestra alma, está Dios, si estamos en gracia...».

«¿Por qué me besa el Dios vivo...?  
¿Por qué acaricia mi alma...?  
¿Por qué me abrasa en sus fuegos,  
donde su volcán en brasas...?»

¿Por qué tan hondo le siento  
en melodías sagradas,  
diciéndome, con su estilo,  
eso que Él vive en su entraña...?

¡Silencio!, que Dios me besa  
de forma tan delicada,  
que, en Divinidad, se imprime  
diciéndome su Palabra».

28-5-1975

«¡Boga, hijo querido, boga Mar adentro...!  
Piérdete en la hondura de su inmensidad;  
méctete en las olas del Ser infinito;  
el amor intuye su profundidad.

Búscales en el fondo  
de aquella riqueza sin par;  
contempla, en su abismo, sus grandes Océanos;  
sigue sumergiéndote tu capacidad.

No temas, si sientes que pierdes  
tu modo de obrar;  
extiende las alas de tus esperanzas,  
¡Dios mismo es la fuente de su inmensidad!

Sigue, sí, tu carrera, no pares;  
que, al fin, hallarás  
lo que busca tu pecho sediento,  
y entonces verás  
el secreto que encierra el Dios vivo  
en su inmensidad...».

11-1-1974

\*

Yo tengo fe... Y hoy, 28 de septiembre del  
año 2001, antes del amanecer y juntito al Sa-

grario, con la ventanita de la capilla abierta a  
mi habitación para poder vivir más cerquita de  
Jesús Sacramentado en mis largos y prolonga-  
dos ratos de oración, y en la casa del Señor  
durante toda mi vida;

al comenzar la oración de la mañana con mi:

«¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la  
Eucaristía!; ¡yo te adoro!

¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la  
Eucaristía!; ¡yo te amo!»;

mi espíritu, sintiéndose profundamente im-  
pregnado y lleno del saboreo de la presencia  
de Jesús Sacramentado, ha ido ahondándose  
cada vez más en el misterio profundísimo de  
la Santa Madre Iglesia.

La cual, por medio de la fe llena de espe-  
ranza y repleta del amor del Espíritu Santo, con  
la donación de sus dones y frutos, se nos de-  
rrama a los que, hechos uno con la voluntad  
del Padre y bajo el impulso y el amor del  
Espíritu Santo, creemos y abrazamos todo cuan-  
to Cristo, el Hijo de Dios Encarnado, de la mis-  
ma naturaleza y sustancia del Padre y del Es-  
píritu Santo, depositó en su seno de Madre,  
cuando la fundó;

encomendándosela a sus Apóstoles y al pas-  
toreo de su perpetuación durante todos los  
tiempos en sus Sucesores; cimentándola sobre  
ellos, haciéndoles las Columnas del Nuevo Tem-  
plo de Dios, «no construido por mano de hom-  
bres sino por el mismo Dios»<sup>5</sup>, que tienen que

---

<sup>5</sup> Heb 8, 2.

conducir a la Iglesia erguida y valerosamente; Nueva y Celestial Jerusalén que, cual «torre fortificada», tiene en sus sienas coronadas, como real Cabeza, a «Cristo, y Éste crucificado»<sup>6</sup>, que resucitó al tercer día;

y que, mediante el fruto de su Redención y su resurrección gloriosa, abrió con sus cinco llagas las puertas suntuosas y anchurosas de la Eternidad, cerradas por el pecado de nuestros Primeros Padres; resucitándonos a una vida nueva y liberándonos del pecado y de la muerte eterna como trofeo de gloria; Triunfador de la vida y de la muerte.

Yo tengo fe... Y por eso creo firmemente que Cristo llenó a la Iglesia de sus poderes divinos por medio de los Sacramentos; mediante los cuales, el hombre es capaz de levantarse a sí mismo y levantar, por los méritos de la Sangre redentora del Divino Crucificado, a los hombres caídos, injertándolos por el Sacramento del Bautismo, como los sarmientos en la vid, en Cristo, y por Él, con Él y en Él, con el Padre y el Espíritu Santo:

«Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, y, viéndole, se postraron; algunos vacilaron, y, acercándose, Jesús les dijo: “Me ha sido dado todo poder en el Cielo y en la tierra; id, pues; convertid en discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he man-

<sup>6</sup> 1 Cor 2, 2.

dado. Y sabed que ‘Yo-estoy-con-vosotros’ todos los días hasta la terminación del mundo”<sup>7</sup>;

haciendo a los que crean, por el Sacramento del Bautismo, templos vivos de Dios, moradas del Altísimo y partícipes de la vida divina; aquí en fe, y en el mañana de la Eternidad en gozo gloriosísimo y dichosísimo, viviendo en participación, por la vida de la gracia que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria, de la misma vida que Dios vive en su intercomunicación trinitaria de Familia Divina, en compañía de todos los Bienaventurados y Ángeles de Dios, entonando en himno de gloria: «Tú sólo Santo, Tú sólo Señor, Tú sólo Altísimo Jesucristo»<sup>8</sup>; único capaz de abrir el libro de los siete sellos; a quien sea dado todo poder, honor y gloria por los siglos de los siglos:

«Entonces vi delante del trono, rodeado por los seres vivientes y los ancianos, a un Cordero en pie; se notaba que lo habían degollado, y tenía siete cuernos y siete ojos –son los siete espíritus que Dios ha enviado a toda la tierra–.

El Cordero se acercó, y el que estaba sentado en el trono le dio el libro con la mano derecha. Cuando tomó el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante él; tenían cítaras y copas de oro llenas de perfumes; son las oraciones del Pueblo Santo.

Y entonaron un cántico nuevo: “Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado, y con tu Sangre has comprado para Dios, hombres de toda tribu, lengua, pueblo y

<sup>7</sup> Mt 28, 16-20.

<sup>8</sup> Himno del Gloria.

nación; has hecho de ellos una dinastía sacerdotal, que sirva a Dios y reine sobre la tierra”»<sup>9</sup>.

Yo tengo fe, y por ello creo que, por medio de mi Bautismo, soy hija de la Santa Madre Iglesia, la Nueva Sión, y, hecha una con mis Obispos queridos y bajo la Sede de Pedro, en ella, por Cristo, con Él y en Él, soy hija de Dios, partícipe de la vida divina y heredera de su gloria.

«Es la Iglesia –escribía el 13 de septiembre de 1963– la que, mediante el Bautismo, llena la capacidad que Dios puso en ti para ser hijo suyo. Es el Bautismo la puerta que te introduce en el seno de tu Padre Dios y te hace partícipe de la Familia Divina, mediante la unción de la Divinidad, que, al caer sobre ti, te hace tener un sacerdocio místico, recibido del Sumo y Eterno Sacerdote, y que, por tu filiación divina, has de vivir en su máxima perfección.

¡Si supieras, [...] el gran misterio que la Divinidad te comunica el día en que, por medio de la Iglesia, pasas a ser hijo de Dios y heredero de su gloria...! La Trinidad eterna, en su virginidad oculta y misteriosa, se derrama hacia ti, de forma que las tres divinas Personas, morando en tu interior, son el Eterno Viviente en tu alma pequeñina de cristiano».

«Mediante el Bautismo, tú pasas a ser hijo de Dios y entras en una comunicación familiar con el Eterno Viviente, dentro de ti, en sus Tres; eres ungido con un sacerdocio místico, pero vivo,

<sup>9</sup> Ap 5, 6-10.

que te hace ser, con Cristo, mediador, intercesor y comunicador de la vida divina a los hombres».

«¡Hijo de Dios...! No sé [...] si has penetrado alguna vez lo que el Verbo, el Unigénito del Padre, hace en el seno de la Trinidad. No sé si sabes lo que es ser hijo de Dios, porque para saberlo hay que penetrar en el misterio grande de la Familia Divina, saber lo que hace el Padre amando al Hijo, mirar lo que hace el Hijo amando al Padre, en tal fusión amorosa, en tal amor coeterno, tan estrecho y tan infinito, que un solo amor los Dos tienen; que en unión estrechísima, por perfección de su mismo amor unitivo, el Padre y el Hijo, en su abrazo apretado, viven en comunión con el Espíritu Santo, Amor personal de la unión perfecta y amorosa de ambos. ¡Tanto, tanto, tanto...!, tan estrecho y tan hondo es el abrazo simultáneo y profundo, íntimo y sabroso, que se dan mis divinas Personas en su amor paternal y filial, que el Fruto sabroso, amoroso y perfecto de ese amor es una Persona tan perfecta, eterna e infinita como el amor que se tienen el Padre y el Verbo.

Así ama Dios en su seno; así se ama Dios en su entraña; así ama el Padre a su Hijo; así ama el Verbo al Padre, ¡así ama Dios...!, siendo tan perfecto en su Amor, como es Padre y es Hijo. Dios se es Tres en su seno para ser feliz, perfecto y fecundo como Él, en su ser y en sus personas, necesita y se merece».

«Es la Iglesia la que, con corazón de Madre, te ha metido a participar en el secreto hondo,

en la médula profunda de tu Padre Dios. Llama a Dios ¡Padre!, y así vive lo que eres».

«No hay vocación como tu vocación, no hay llamamiento como el tuyo, no hay predilección tan grande como la que el Eterno tuvo contigo el día en que, por medio de tu Iglesia Católica, Apostólica y bajo la Sede de Pedro, te hizo hijo suyo y te incorporó en el gran misterio del Cristo Total».

«Todo lo que Dios tiene por naturaleza, tú lo tienes por regalo gratuito que, a través de tu Iglesia, Él te ha dado para que lo vivas en participación plena y felicísima como verdadero hijo».

«Todos los dones que el Señor derrame durante toda tu vida sobre tu alma son secundarios, consecuencia de éste y con relación a él. Es éste el que te hizo hijo del Infinito, el que te encajó en el plan divino; ya que, desencajado por el pecado original, no podías entrar en la región de los hijos de Dios.

María, tu nueva Madre, la Eva salvadora, es el medio que Dios se escogió para darse a tu alma, por Cristo, con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo.

¡Todo son regalos para el hijo de Dios! La misma Iglesia, Cristo y María son regalos que el Amor Infinito ha dado a tu alma para que, por ellos, pudieras entrar a participar en el festín infinito y gozoso de tu Padre Dios».

«En la hondura de mi pecho  
tengo al que ama mi alma,

escondido tras mis noches,  
diciéndome su Palabra.

Cuando me miran sus ojos,  
mi espíritu rompe en brasas,  
pues son candentes las lumbres  
que de su mirar dimanan.

Tengo en la hondura del pecho  
todo cuanto yo soñara,  
porque es al Todo al que encierro,  
escondido en mi recámara.

Él me pide mis amores  
y en sus amores me abrasa,  
viviendo en festín de dones  
entre el Excelso y la nada.

¡Misterio de los misterios...!,  
¡cubra el silencio mis ansias!,  
porque Dios mismo, en su serse,  
es cuanto oculto en mi entraña.

¡Silencio!, que Dios me besa  
en su manera sagrada,  
del modo que Él sólo sabe  
hacerlo con los que ama.

Por eso, ¡callen las voces  
que mis vivencias profanan!,  
pues es Dios mismo viviente  
que, cual Esposo, me abraza.

Él es todos mis afanes,  
llenura de mis nostalgias.  
¡Silencio, que Dios me besa...!  
¡Dejad reposar mi alma...!».

28-10-1975



Yo tengo fe viva, y por eso creo que la Santa Madre Iglesia ha recibido el poder, dado por Cristo, a través de sus sacerdotes y ministros, de lavar y perdonar los pecados por la Sangre del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Poderes que corresponden intrínsecamente sólo a Dios.

Por lo que los escribas y fariseos, oscurecidos por la obstinación y la soberbia, decían, cuando Jesús perdonaba los pecados, no reconociendo en Él al Unigénito de Dios Encarnado y hecho hombre por amor, que sólo Dios podía perdonar pecados; manifestando de esta manera, aunque obstinadamente y sin quererlo reconocer, que Cristo era Dios y podía perdonar los pecados.

«Entrando de nuevo, después de algunos días, en Cafarnaúm, se supo que estaba en casa, y se juntaron tantos, que ni aun junto a la puerta cabían, y Él les hablaba. Vinieron trayéndole un paralítico, que llevaban entre cuatro. No pudiendo presentárselo a causa de la muchedumbre, descubrieron el terrado por donde Él estaba, y hecha una abertura, descolgaron la camilla en que yacía el paralítico.

Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: “Hijo, tus pecados te son perdonados”.

Estaban sentados allí algunos escribas, que pensaban entre sí: “¿Cómo habla así éste? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?”. Y luego, conociéndolo Jesús con su espíritu, que así discurrían en su interior, les dice: “¿Por qué pensáis así en vuestros corazones?

¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu camilla y vete? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados –se dirige al paralítico–, Yo te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”.

Él se levantó y, tomando luego la camilla, salió a la vista de todos, de manera que todos se maravillaron, y glorificaban a Dios diciendo: “Jamás hemos visto cosa igual”<sup>10</sup>.

Poderes que Jesús, siendo Dios mismo por su persona divina, donó a su Iglesia, depositándolos en ella en y por medio de los Apóstoles, y dándoselos, por ellos, a sus Sucesores durante todos los tiempos.

«Como el Padre me ha enviado, así también os envío Yo”.

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos”<sup>11</sup>.

¡Don inimaginable del Infinito Ser derramándose en compasión misericordiosa sobre el hombre arrepentido que, volviéndose hacia su Creador, implora el perdón de sus pecados, con espíritu humillado y corazón contrito!

Porque el alma que por medio del Bautismo ha quedado como un espejo sin mancha, al

<sup>10</sup> Mc 2, 1-12.

<sup>11</sup> Jn 20, 21-23.

ofender a Dios y rebelarse contra Él por el pecado, oponiéndose a su voluntad infinita, en vez de la imagen de Dios que tenía grabada en sí como a fuego, al desaparecer de ella el infinito Creador, quedó oscurecida, manchada y tan desfigurada, que es como un monstruo completamente deforme y abominable, de manera que, si contempláramos a un alma en pecado mortal, moriríamos de espanto.

Pero el poder que Cristo ha dado a su Iglesia por medio de sus Apóstoles y por la Unción sagrada del sacerdote del Nuevo Testamento es tan grande y sublime, que, por el Sacramento de la Penitencia, éste expulsa del alma al diablo, que ha entrado a tomar posesión de ella; dejándola más limpia que el jaspe y más luminosa que el sol; apareciendo de nuevo, en el resplandor del espejo de su espíritu, el mismo Dios que, morando en ella, la hace ser nuevamente templo vivo de Dios y morada del Altísimo.

Yo tengo fe inquebrantable. Y por ello, cuando voy a buscar en el Sacramento de la Penitencia –y lo recibo– limpiar y purificar mi alma de todo aquello que haya podido disgustar a Dios o que no esté completamente conforme con lo que Él me exige, según su divina voluntad sobre mí;

ante las palabras del sacerdote: «Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»<sup>12</sup>, experimento

<sup>12</sup> Fórmula del Sacramento de la Penitencia.

que esas palabras son pronunciadas por Jesús sobre mi pobrecita alma, arrepentida de haber ofendido a Dios, y obran lo que dicen, por medio de los poderes que Cristo ha dado al sacerdote del Nuevo Testamento, al ejercer su ministerio sacerdotal.

Por lo que mi espíritu se llena de paz y gozo del Espíritu Santo; y vigorosamente me siento purificada y renovada, con un nuevo impulso para comenzar de nuevo y seguir buscando la voluntad de Dios en todo y siempre, para poderla cumplir lo más perfectamente que esté a mi alcance.

Y de tal forma es esto, que me experimento como una criatura nueva que, bajo la luz del Sacramento, hasta me parece que esta tierra es más hermosa por la brillantez de su luminosa claridad, y que todo es más brillante; impulsándome todo esto con una nueva fuerza de lo Alto en mi búsqueda incansable e insaciable de dar gloria a Dios y vida a las almas.

\*

Yo tengo fe... Y creo asimismo que, para que nada les faltara a los Apóstoles en la misión salvadora que, sobre la humanidad caída, el Divino Maestro les encomendó, Cristo, en Pentecostés, hizo recaer sobre ellos en compañía de María, Madre sacerdotal, los dones, frutos y carismas del mismo Espíritu Santo; que se nos da por medio de la Confirmación para el fortalecimiento y robustecimiento de nuestra vida de fe, esperanza y caridad.

«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo».

«Al llegar el día de Pentecostés, estaban reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían posándose encima de cada uno. Se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería»<sup>13</sup>.

«Cuando los Apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron cómo había recibido Samaría la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan, los cuales, bajando, oraron sobre ellos para que recibiesen el Espíritu Santo, pues aún no había venido sobre ninguno de ellos; sólo habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo»<sup>14</sup>.

Y así, Jesús, mediante los Sacramentos, va derramando en y por medio de la Santa Madre Iglesia, a través de los Apóstoles, sobre los cristianos, todo aquello que, para el robustecimiento de su fe, necesitan dentro del Cuerpo Místico de Jesucristo y como miembros de este Cuerpo, para ser fieles a las promesas del Bautismo y

<sup>13</sup> Hch 1, 8; 2, 1-4.

<sup>14</sup> Hch 8, 14-17.

ser en medio del mundo testimonios vivos por su vida y su palabra de lo que es ser hijo de Dios y, por ello, Iglesia Católica y Apostólica, que, bajo la Sede de Pedro, caminamos unidos hacia el más allá bajo el cobijo y amparo de la Maternidad de María, en cumplimiento perfecto de los planes del que nos creó sólo y exclusivamente para que le poseyéramos.

Y mi alma, habiendo recibido al Espíritu Santo, se repleta, gusta y aperece sus dones y frutos; de forma que, por el don de sabiduría, Dios ilumina mi entendimiento sabrosísimamente, me introduce en su pensamiento divino, y, mostrándome sus misterios, me manifiesta su voluntad, llena de planes eternos; capacitándome para que realice cuanto Él quiere, enviándome a comunicarlos, llenando mi vocación como Eco de la Santa Madre Iglesia que, en proclamación de esta Santa Madre, tiene que expresar y decir cuanto, de tan distintas y diversas maneras, Dios le muestra bajo el néctar sabrosísimo de su Divinidad o en el saboreo profundo, íntimo y sacrosanto de la cruz, que me lleva a abrazarme a «Cristo, y Éste crucificado».

Y quiero transcribir aquí algunos trozos de mis escritos para manifestar el esplendor de la gloria de Dios cuando actúa en el alma por los dones y frutos del Espíritu Santo:

«Y el 29 de enero de 1960, Dios de nuevo me introdujo en el misterio de su vida, poniendo en mi espíritu urgencias indecibles de

amarle, por participación, con el mismo amor con que Él se ama, abrasada en las llamas leificantes y amorosas del mismo Espíritu Santo».

«Y desde este día, [...] mi alma se sintió como invadida de una manera especial por la presencia y la acción del Espíritu Santo; participando de su amor, y apercibiendo su toque amoroso en la médula de mi espíritu.

Abrasada en su fuego y encendida en sus refrigerantes llamas, unida a mi Esposo divino, podía desahogar la necesidad, como infinita, que me consumía, de amar a las divinas Personas.

“ Así como otras veces he sentido más claramente al Padre o al Hijo, ahora es el Espíritu Santo el que, obrando en mí, me tiene encendida en sus llamas y abrasada en su amor, que me impulsa a entrar, con Él, en el Seno del Padre, para vivir allí la vida divina; sintiéndome, por transformación, amor que ama con el Espíritu Santo al mismo Dios en su ser y en sus personas.

Y esto lo experimento con tal fuerza, que, arrebatada y subyugada por el Amor Infinito, casi no acierto a saber si lo que yo experimento es al Espíritu Santo amando en mí, o yo que amo con el Espíritu Santo.

Él es “mi mío”, y yo soy “su suya”. Y en esta comunicación de amor, su amor infinito es el amor con el cual, en su seno y en el mío, yo me siento amar y me lanzo a amarle. Por lo que, en mis ratos de oración es tanto lo que

Dios obra en mi ser, que, toda robada por Él, me siento amor con su amor para amarle...

¡Mi Espíritu Santo!, si yo no te hubiera conocido, y no supiera que Tú eres el Amor Infinito con que se aman el Padre y el Hijo, tal vez ahora, al experimentar tan fuertemente tu amor en mi alma, podría separarte de las otras divinas Personas.

Pero, porque te conozco y sé que Tú eres el Amor con que el Padre, el Hijo y Tú mismo os amáis, sé que, al experimentar tu amor tan dulce, tierna y espiritualmente, es la experiencia del Padre y del Verbo que me están besando en Ti; y con el mismo amor que yo en Ti deposito, al mismo tiempo que ellos me aman, yo los amo en su seno.

Siento el susurro arrullador y silencioso de la embestida continua del Espíritu Santo sobre mi alma, besándome; y, al besarme Él, veo que es el Padre y el Verbo los que me están amando con su Amor espiritualmente amoroso e infinito, que es el Espíritu Santo.

Y noto que mi alma, en el arrullo acariciador de la Boca de la Trinidad, está mecida..., querida..., festejada..., engalanada..., enjoyada...; y todas las joyas que tiene es participación de Dios.

Siento que soy dueña de las tres divinas Personas. Las tres son mías, y cada una, y yo soy la que mando:

El Espíritu Santo es mío, el Padre es mío, y el Verbo es mío... ¡Son “mis míos”...!, ¡totalmente para mí...!

Lo que yo quiero, Dios lo quiere; lo que yo digo, Él hace. Y noto que esto pasa porque mi querer es su obrar divino poniendo su querer en mi alma ”».

«[...] Y el día 31 de enero de 1960, ahondada y profundizada en el misterio trinitario, inundada en las refrigerantes llamas del Espíritu Santo, sintiéndome fuego en su Fuego, amor en su Amor, y beso de pura transformación en su serse beso el Amor eterno en Dios; derretida de amor en la embestida infinita, amorosa, silenciosa, sabrosísima y de suavidad inimaginable del mismo néctar de la Divinidad; prorumpía en mis poemas amorosos, expresando, unida al Verbo Infinito, la inefable excelencia del Amor eterno y su actuación en toque dulce..., fino..., penetrante y misterioso en la médula del alma:

“ ¡Oh, Dios trinitario!, ¡tan bueno...!; que yo necesito, metida en tu seno, mirarte en tu Vista, cantarte en tu Verbo, besarte en tu Boca y amarte en tu Fuego...!

¡Que yo necesito, con ansias eternas, mirarte sin velos!, ¡cantarte en tu Canto, amarte en tu Fuego...!

¡Que yo necesito, mi dulce Amor bueno, cantarte a las almas en tu seno...!

¡Que Tú necesitas, mi dulce Amor bueno, decirte a las almas en mi seno...!

¡Que yo soy pequeña y no puedo...! ¡Y mi entraña se abrasa en tu Fuego...! Y toda en-

cendida en tu Beso, ¡tan lento..., tan dulce..., tan tierno...!, ¡y en tanto silencio...!, que ni llorar puedo.

¡Espíritu mío...! ¡Inenarrable Gemido en mi seno...!; con voces eternas, enclaustrado, en silencio, ¡me besas...!, ¡te beso...! Y tu Beso es ¡tan bueno...!, ¡tan fino...!, ¡tan dulce...!, ¡tan hondo...!, ¡tan dentro y eterno!, que, en mi ser finito, ¡no puedo...!

¡Oh Llama que quemas en tierno silencio, en el centro del alma en tu suave fuego...!; ¡en este morir de amor al Dios bueno!, ¡en este besarme mi Dios, en su seno...!, mi ser pequeño ¡no puede, no sabe, no entiende tan extraño beso...! ¡Extraño de amor...!, ¡extraño de bueno...!, que, al besar mi entraña, toda me estremezco...

¡Ay qué Beso es Dios de eterno misterio, que besando al alma, la hiere en su centro, cual dulce cauterio...! ¡Ay qué Dios más hondo en su eterno Beso..., en su serse Vida..., en su serse eterno...!

¡Oh Amor...!, ¡mi Amor bueno...!, ¡que toda temblando en mi ser por el ímpetu eterno del tuyo, se siente mecida, besada y querida en tu Beso de eterno silencio...!

¡Ay qué amor es Dios de excelso misterio...! ¡Espíritu mío...!, en tu eterno silencio de serte mi beso, besando a mi alma en tu íntimo beso, toda estremecida..., toda conmovida..., me siento, en tu seno, tu seno ”».

## Yo tengo fe

Por los dones del Espíritu Santo y sus frutos, mi *alma-Iglesia* Católica y Apostólica, cimentada bajo la Sede de Pedro, se apercibe y siente esposa del Espíritu Santo;

mediante lo cual, Él fecundiza mi virginidad, dándome hijos para su gloria y haciéndome exclamar en mi ansia insaciable de glorificar al Infinito, enaltecida por Él y llena de gozo en el mismo Espíritu Santo:

¡Gloria para Dios! ¡Sólo eso! ¡Lo demás no importa!

«¡Ay brisa callada  
de tenues acentos...!  
¡Misterios silentes...,  
profundos secretos...!

Dios pasa besando  
en brechas de fuego;  
mi espíritu adora,  
envuelto entre velos,  
al Ser infinito  
en paso de Inmenso.

Sonoros romances...,  
divinos conciertos...,  
amores cercanos...,  
inéxito ensueño...

Dios besa y espera  
en hondo silencio,  
y en fruto de hijos  
prorrumpo mi pecho,  
los cuales son gloria  
para el Coeterno.

## Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia

¡Melodías dulces...,  
cercaos encuentros...!».  
2-10-1974

Dios pone sus palabras en mi boca, y yo expreso como puedo, en la limitación de mi nada y bajo la fuerza de su ímpetu y el saboreo del néctar de la Divinidad, las palabras y mandatos que, mediante sus comunicaciones, El que Es me envía para que los manifieste.

El Espíritu Santo es mi mío y yo soy su suya; mientras que, bajo el impulso y la fuerza de su infinito poderío, realizo todo aquello que Dios pone en lo más profundo de la médula de mi espíritu para que se cumpla, mediante la proclamación de sus palabras puestas en mi corazón.

\*

Yo tengo fe; y creo que renovados por el Bautismo, la fe nos acerca al Sacramento de la Penitencia, por el cual, la purificación de nuestros pecados nos hace capaces de acercarnos al sublime Sacramento de la Eucaristía, instituido por el mismo Cristo en la noche de la Cena, cuando, amando a los suyos, y por ellos a todos los que recibimos sus dones eternos, «nos amó hasta el extremo» y hasta el fin:

«Durante la cena, Jesús cogió pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: “Tomad, comed: esto es mi Cuerpo”. Y cogiendo un cáliz, pronunció la acción de gracias y se lo pasó diciendo: “Bebed todos, porque ésta es mi Sangre, Sangre de la Alianza

derramada por todos para el perdón de los pecados»<sup>15</sup>;

concediéndonos por esto la vida eterna:

«Yo soy el Pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; éste es el Pan que baja del Cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el Pan vivo que ha bajado del Cielo: el que coma de este Pan vivirá para siempre. Y el pan que Yo daré es mi Carne, para vida del mundo»<sup>16</sup>.

Y también sé por mi vida de fe que hay que acercarse dignamente a recibir el Cuerpo de Cristo:

«Así, pues, quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del Pan y beba del Cáliz; porque el que come y bebe sin distinguir el cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación»<sup>17</sup>.

Y porque tengo fe y creo con toda la fuerza de mi espíritu y la vehemencia de mi corazón en las palabras de Jesucristo, llena y repleta de sus infinitos dones; mi espíritu, penetrado de la coeterna e insondable sabiduría divina, experimenta que las palabras pronunciadas por Jesús en la Última Cena, obrando en mí lo que dicen, me van transformando de claridad en claridad en todas sus pronunciaciones, de for-

<sup>15</sup> Mt 26, 27-28.    <sup>16</sup> Jn 6, 48-51.    <sup>17</sup> 1 Cor 11, 27-29.

ma que puedo decir con el Apóstol, y especialmente después de recibir a Jesús Sacramentado y tenerlo en mi pecho:

«Vivo yo, mas no yo, sino que es Cristo quien vive en mí» «y Éste crucificado»;

el cual me hace experimentar la cercanía de su presencia en saboreo de su intimidad, y como el gozo de los Bienaventurados por el presunto de Eternidad.

«Siento en mi ser un misterio  
que no sé cómo será...,  
un silencioso secreto  
que tengo dentro del pecho  
*cuando voy a comulgar...*

Es dulzura y es requiebro,  
es ternura y es gozar,  
es toque del Infinito  
en hondo cauterizar,  
en romances del Eterno  
que cerca en su intimidad...

¡Ay, si pudiera decir,  
en mi modo de explicar,  
esto que vivo en mi hondura  
*cuando voy a comulgar...!*

Pero faltan las palabras  
en mi modo de adorar...  
¡Ay, lo que siento en el pecho  
*cuando voy a comulgar...!*».

10-1-1972

Y la presencia real de Jesús, dándoseme en comida y en bebida y haciéndome saltar de

gozo en el Espíritu Santo, me repleta tanto, que se llenan todas las apetencias de mi corazón; porque poseo al Todo en mi nada en requiebros de amores eternos, que introduciéndome en sus pensamientos divinos, ilumina mi pobre entendimiento; sabiendo a qué sabe Dios y gustando en intimidad de familia de la misma vida que Dios vive en delecto profundo de íntimos y dichosísimos requiebros de amor entre Dios y su pequeña Trinidad de la Santa Madre Iglesia;

haciéndome virgen con su virginidad, fecunda con su fecundidad universal, rica con su riqueza, hermosa con su hermosura...; repletando todas las apetencias de mi espíritu, creado por Dios para poseerle, y resacas y abrasadas en ansias como infinitas de su posesión en luz clara de Eternidad; confortándome y consolándome en la debilidad de mi pobre cuerpo enfermo, de modo que el sublime Sacramento realiza en mi interior aquello que Jesús también decía: «El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna y Yo le resucitaré en el último día»<sup>18</sup>.

«Es sabor de Eucaristía,  
belleza de poesía  
lo que abrigo en mis entrañas;

Sabor de Pan escondido  
en manantial encendido  
por el Vino que embriaga.

Es comunión del Dios vivo  
que penetra lo cautivo  
de la médula del alma

<sup>18</sup> Jn 6, 54.

con el manjar succulento  
del que se da en alimento  
en donación del que ama.

Es precioso este sustento  
para el que vaga sediento  
tras las fuentes de las Aguas,

y se muere macilento  
por no encontrar alimento  
a las hambres de sus ansias.

¡Oh manjar de Pan y Vino!,  
al que encuentra su destino  
alimento que embriaga».

18-1-1973

Y porque mi fe se me hace viva y vivificante, en el Sacramento de la Eucaristía busco a Jesús Sacramentado, «como la cierva busca las aguas del cristalino arroyo»<sup>19</sup>; para saturarme, en la cercanía del Esposo divino de mi alma, del gozo dichosísimo de su presencia tras las puertas del sagrario, donde se oculta el Dios vivo durante todos los tiempos por si alguno viene a verle.

Y en su compañía y apoyada en su pecho, como el Apóstol San Juan en la Última Cena, repleto toda la necesidad como insaciable de amar y de ser amada, que Dios puso en el corazón del hombre para poseerle repletándole con su llenura.

<sup>19</sup> Sal 42, 1.



Y, como esposos enamorados, en dulces, tiernos e íntimos requiebros de amor, nos damos y retornamos nuestros dones en el romance amoroso más sublime, divino y divinizante que la criatura, durante este duro peregrinar, pueda llegar a experimentar, y que «a vida eterna sabe y toda deuda paga»<sup>20</sup>.

«Mi Cielo en el destierro  
son ratos de Sagrario,  
en melodías dulces  
de contactos sagrados,

donde, en horas silentes,  
con su paso callado,  
Dios abre los raudales  
de mi pecho sangrando,

y los convierte en gozo,  
siendo mi Cielo tanto,  
que apercibo al Dios vivo  
en mis dulces contactos.

Mi Cielo en el destierro  
son ratos de Sagrario».

9-9-1973

Junto a la Eucaristía todo lo suyo es mío, y todo lo mío es suyo; siendo Él mi mío y yo su suya.

Por lo que, adorante ante Jesús Sacramentado y acurrucándome en su pecho, bajo la experiencia sabrosísima de su presencia íntima y amorosísima, reconociéndole como el Unigénito

<sup>20</sup> San Juan de la Cruz.

de Dios, único Dios verdadero, reverente y prostrada, exclamo llena de sublime e inédito amor:

«¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la Eucaristía!; ¡yo te adoro!

¡Gracias, Jesús, por haberte quedado en la Eucaristía!; ¡yo te amo!».

\*

¡Yo tengo fe...! Por lo que, cuando mi cuerpo enfermo percibe que las fuerzas se le acaban y que próximamente puede sobrevenirle la muerte, marchando por las fronteras de la Eternidad a los Portones suntuosos de la Gloria para introducirme en la vida eterna; mi cuerpo jadeante, duramente dolorido, y mi espíritu lleno de gozo en el Espíritu Santo que me repleta de esperanza, recurre al Sacramento de la Santa Unción, que tantas veces he recibido en mi vida, siempre quebrantada y llena de enfermedades; las cuales me ponen en situaciones tan dramáticas, entre el Cielo y la tierra, entre la vida y la muerte.

Y una vez recibido, este celestial Sacramento me impulsa, en mi búsqueda incansable de sólo Dios, hacia la vida eterna; preparándome por si llega el encuentro definitivo con el Esposo de mi alma; colmando las esperanzas de mi vida en mi marcha veloz, que me hace correr presurosa, como en vuelo, hacia la Casa del Padre, consiguiendo la meta de mi vida consagrada a Dios, siempre jadeante, esperando el momento definitivo de ser introducida en las mansiones magníficas y suntuosas de la Eternidad «para

siempre»; donde el Esposo divino me espera para introducirme en el festín infinito de las Bodas eternas de Cristo con su Iglesia.

«¡Qué peregrinar más largo...!  
¡Qué nostalgias por tu encuentro...!  
¡Qué ansias por poseerte,  
en este vivir muriendo,  
en este clamar constante  
por encontrarte en tu seno...!

Parece que las entrañas  
se me resecan, pidiendo  
la llenura de mi vida  
en tu Manantial eterno,  
en la Luz de tu mirada,  
en la hondura de tu pecho.

Yo necesito meterme  
en tu divino Misterio,  
en la profundidad honda  
de tu infinito Cauterio,  
y, en él, quedar sumergida,  
cauterizada en su fuego.

¡Oh, qué urgencias por tenerte  
en mis urgencias muriendo,  
en mis nostalgias vividas,  
en mi torturante anhelo,  
para sentirme engolfada  
ya para siempre en tu seno...!

Es mi vivir tan divino  
y en tan terrible misterio,  
que, si no vienes piadoso  
y compasivo a mi encuentro,

de tanto y tanto tenerte,  
en tu posesión me muero,  
ante mi sed anhelante  
por poseerte sin velos».

17-6-1965

Y «esto será mañana», me repito constantemente a mí misma en mi búsqueda insaciable de dar gloria a Dios y vida a las almas; cuando mi peregrinar haya pasado y pueda decir con «Cristo, y Éste crucificado»: «Todo está cumplido»; «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu»<sup>21</sup>.

«¿Llegará un día...?  
¡Llegará!  
¿Que veré tu rostro...?  
¡Lo veré!  
¿Y estaré contigo...?  
¡Estaré!  
¿Y será por siempre...?  
¡Lo será!  
¿Y entraré en tu vida...?  
¡Entraré!  
¿Sin morir de gozo...?  
¡Sin morir!  
¿Y qué haré, mi Eterno?  
¡Yo lo sé...!

¿No será posible mirarte en la tierra?  
¡Silencio...! Nada me contestas...  
¿Por qué?».

15-11-1974

---

<sup>21</sup> Jn 19, 30; Lc 23, 46.

Yo tengo fe... Y por eso creo en el Sacramento de la Santa Unción y experimento sus dones y frutos; el cual nos quita y nos purifica nuestros pecados, preparándonos para el encuentro definitivo con Dios, y fortaleciendo y confortando no sólo nuestra alma, sino también nuestro cuerpo, suavizando la enfermedad, incluso curándola si no hubiera llegado el momento definitivo del encuentro con Dios, y preparándonos para ese encuentro.

«¿Alguno de vosotros enferma? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le levantará, y los pecados que hubiere cometido le serán perdonados»<sup>22</sup>.

Por lo que mi fe queda robustecida y confortada, preparándome, llena de esperanza y bajo el impulso y el amor del Espíritu Santo, para abrazar, en ese momento y en todos los momentos de mi vida, la voluntad de Dios, sea la vida o la marcha de este terrible y dramático peregrinar, la tierra o el Cielo.

«Es como una flecha aguda  
tu voluntad en mi pecho,  
que taladra mis entrañas  
con su sustancial cauterio.

Y es tan clara y transparente  
dentro de mi entendimiento,

<sup>22</sup> Sant 5, 14-15.

que, sin saber cómo es,  
toda mi vida, en lamento,  
es lanzada a realizar  
cuanto pones en mi seno.

Es impulso tu querer  
que me lanza sin tropiezo,  
sabiendo cuanto he de hacer,  
pudiéndolo todo hacerlo.

Porque tu querer, en mí,  
es siempre camino abierto  
y horizontes de alegría  
en frutos de almas repletos.

¡Yo quiero tu voluntad,  
aunque no entienda el misterio!».  
9-3-1977

\*

Yo tengo fe... Y porque ésta es para mí más cierta que lo que me puedan decir los sentidos y más clara que el resplandor del sol del mediodía, creo en el Sacramento de la imposición de las manos del Obispo con todos los poderes que el sacerdote del Nuevo Testamento, por ella, de Cristo recibe.

Por lo que veo en él al ungido de Dios que, por medio de los Sacramentos, es capaz, por su palabra sacerdotal, en y por el ejercicio de su sacerdocio, participando de la plenitud del Sacerdocio de Cristo, por el derramamiento sobre él de esta misma plenitud, de hacer lo que sólo el mismo Cristo puede hacer y realizar por

su potestad divina como Unigénito de Dios, hecho Hombre por la unión hipostática de su naturaleza divina y su naturaleza humana.

De tal forma, que el sacerdote del Nuevo Testamento, pronunciando las palabras del Divino Maestro en el momento de la Cena, cuando decía a sus Apóstoles: «Haced esto en memoria mía», perpetuando aquel momento; es capaz, por la transustanciación, de convertir el pan en el Cuerpo de Cristo y el vino en la Sangre del Divino Redentor; dándonos a «Cristo, y Éste crucificado», en comida y en bebida, Maná divino y manjar de vida eterna.

¡Oh sacerdote de Cristo!, al cual vi en el Gran Momento de la Consagración el día 18 de octubre de 1962; en el cual Dios, levantándose a la altura de la excelsitud del sublime Sacramento, durante el Sacrificio de la Santa Misa, me introdujo a contemplar lo que se realiza en aquel momento por las palabras del sacerdote del Nuevo Testamento, mediante los poderes que Dios da a sus ungidos.

Por lo que mi espíritu, lleno de reverencia, en postración adorante, exclamaba: «¡Oh! ¡si yo fuera sacerdote...!».

Comprendiendo y gozándome en que yo no era digna del sublime don que Dios había concedido a los ungidos con el óleo sagrado de la unción sacerdotal;

Y que de la plenitud del Sacerdocio de Cristo derramándose sobre mi pobre y pequeña alma, participando de la Maternidad universal de

María, en la limitación de mi pobreza y miseria, por María y con Ella, era esposa del Espíritu Santo y madre sacerdotal; por la universalidad que, según la voluntad divina, sólo por Dios conocida, el Infinito Ser, por los méritos de Cristo, había hecho recaer sobre mí.

Y Cristo fundó su Iglesia, encomendándola a los Apóstoles y sus Sucesores para perpetuarla durante todos los tiempos y conducirla bajo su amparo y pastoreo a verdes pastos:

«El Señor es mi pastor, nada me falta:  
en verdes praderas me hace recostar;

me conduce hacia fuentes tranquilas  
y repara mis fuerzas;  
me guía por el sendero justo,  
por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras,  
nada temo, porque Tú vas conmigo:  
tu vara y tu cayado me sosiegan»<sup>23</sup>.

Y pido a Dios, confiando en su misericordia, que las ovejitas fieles del rebaño del Buen Pastor «no se extravíen tras los rebaños de sus compañeros»<sup>24</sup>. Porque, como decía San Pablo, «este tesoro lo llevamos en vasijas de barro»<sup>25</sup>, que en algún momento alguna de ellas se puede quebrar y romper por la fragilidad humana. Y por otra parte el mundo está lleno de confusión, y en el seno de la Iglesia se han filtrado

<sup>23</sup> Sal 22, 1-4.

<sup>24</sup> Ct 1, 7.

<sup>25</sup> 2 Cor 4, 7.

y se filtran salteadores disfrazados de ángeles de luz, «lobos rapaces vestidos con piel de oveja»<sup>26</sup>, para arrancar del seno de la Iglesia a sus hijos, confundidos por el vocerío tenebroso del «padre de la mentira»<sup>27</sup>.

«Aquel día que te vi,  
Iglesia, ¡cómo llorabas!  
con las cavernas abiertas  
que tu alma traspasaban.

A pesar de ser hermosa  
y con joyas repletada,  
los pecados de tus hijos  
tu rostro desfiguraban.

Pecados que son las manchas  
que tu hermosura profanan,  
por no saber el misterio  
en que, envuelta, te remansas.

Te he visto rompiendo en llanto,  
morena y desencajada,  
tirada en tierra y llorosa,  
jadeante y encorvada.

¡Oh, cuánto sufrí aquel día  
al verte abofeteada...!

¡Si yo te volviera a ver...!  
¿Cómo no te consolara,  
arrancándote tu pena,  
y Dios, al verte, gozara?».

19-10-1967

<sup>26</sup> Cfr. 2 Cor 11, 14; Mt 7, 15.

<sup>27</sup> Jn 8, 44.

Y al depositar Jesús en manos de sus Apóstoles los Sacramentos, llenándolos de todos los dones, frutos y carismas del Espíritu Santo para la expansión de la Iglesia y santificación de las almas; enviándoles a predicar: «Id a todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura; el que crea y se bautice, se salvará; el que no crea, se condenará»; «como el Padre me ha enviado, así también os envío Yo»<sup>28</sup>; les dio sus mismos poderes:

«Jesús, llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus impuros para arrojarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia». «A estos doce los envió Jesús, después de haberles instruido en estos términos: "... curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, arrojad a los demonios; gratis lo recibís, dadlo gratis"»<sup>29</sup>.

Pero tienen que tener fe:

«Al llegar ellos a la muchedumbre, se le acercó un hombre y, doblando la rodilla, le dijo: "Señor, ten piedad de mi hijo que está lunático y padece mucho, porque con frecuencia cae en el fuego y muchas veces en el agua; le presenté a tus discípulos, mas no han podido curarle". Jesús respondió: "¡Oh generación incrédula y perversa!, ¿hasta cuándo tendré que estar con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? Traédmelo acá". E increpó al demonio, que salió, quedando curado el niño desde aquella hora.

<sup>28</sup> Mc 16, 15-16; Jn 20, 21. <sup>29</sup> Mt 10, 1. 5. 6-8.

Entonces se acercaron los discípulos a Jesús y aparte le preguntaron: ¿Cómo es que nosotros no hemos podido arrojarle?”. Les dijo: “Por vuestra poca fe; porque en verdad os digo que, si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: ‘Vete de aquí a allá’, y se iría, y nada os sería imposible. Esta raza de demonios no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno”<sup>30</sup>.

Por lo que yo sé y creo que sólo la Iglesia Católica y Apostólica, bajo la Sede de Pedro, es capaz de «atar y de desatar», de salvar a la humanidad caída, por los méritos de Cristo, el Unigénito Hijo del único Dios verdadero, de su misma sustancia y naturaleza divina.

Y es la Iglesia la que, en momentos difíciles de la humanidad, tiene el derecho y la obligación de ponerse, como Moisés, con los brazos extendidos, hecha una con «Cristo, y Éste crucificado», para implorar por todos los hombres «entre el vestíbulo y el altar», ejerciendo su sacerdocio.

Hay que pedir a la Iglesia que implore ante la Santidad de Dios ofendida, para que, derramándose en compasión de misericordia, nos libere de las maquinaciones de los hombres y de los desatinos de sus ocultos y tenebrosos pensamientos, ya que «los pensamientos de los hombres, ¡cuán vanos son!»<sup>31</sup>.

Y así los espíritus malignos estén bien atados bajo la Sede y el poderío de Pedro con los

<sup>30</sup> Mt 17, 14-21.      <sup>31</sup> Sal 93, 11.

demás Sucesores de los Apóstoles; para que no puedan quedar sueltos de sus cadenas, mediante la fortaleza de la Majestad divina derramándose sobre los Apóstoles, que, hechos uno con Pedro y con un mismo pensamiento, bajo su pastoreo, no sólo conducen al Rebaño del Buen Pastor hacia la Casa del Padre, sino que poderío les sobra, dado por Cristo, para expulsar a los demonios, atar y constreñir a los diablos, los cuales están esclavizados «bajo el escabel de sus pies»<sup>32</sup>.

Yo tengo fe... Y creo que Cristo hizo a Pedro piedra y fundamento sobre la que edificaría su Iglesia, sin que los poderes del infierno puedan prevalecer contra ella; confiándole el pastoreo supremo de todo su rebaño.

Yo tengo fe, porque soy hija de la Iglesia Católica y Apostólica, bajo la Sede de Pedro y unida a mis Obispos queridos.

Y bajo la confirmación de la palabra de Pedro y su seguridad, vivo feliz cimentada en las Columnas de la Iglesia, que son los Sucesores de los Apóstoles. Y bajo la Sede de Pedro camino segura hacia la Casa del Padre; pidiendo para que todos los Sucesores de los Apóstoles, siendo las Columnas de la Santa Madre Iglesia, del Nuevo Templo de Dios, la Nueva Jerusalén construida «no por manos de hombres, sino por el mismo Dios», se mantengan unidos como el

<sup>32</sup> Sal 109, 1.

Padre y el Hijo son uno en el amor del Espíritu Santo; y así el mundo conozca a Jesucristo.

«Yo les he dado tu palabra, y el mundo los aborreció porque no son del mundo, como Yo no soy del mundo. No pido que los quites del mundo, sino que los guardes del malvado. Ellos no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad; tu palabra es verdad. Como Tú me enviaste al mundo, también Yo los envié a ellos al mundo. Y Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad»<sup>33</sup>.

\*

Yo tengo fe. Por lo que, recibiendo amorosamente las palabras del Divino Maestro:

«¿No habéis leído que el Creador, en el principio, los creó hombre y mujer: “Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne”? De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre»<sup>34</sup>;

he sentido tanta veneración, tanto respeto a la unión de los esposos, que, por el Sacramento del Matrimonio, queda santificada y elevada a un plano sobrenatural, que me hace exclamar con San Pablo: «Gran misterio es éste, que yo refiero a Cristo y a la Iglesia»<sup>35</sup>.

<sup>33</sup> Jn 17, 14-19.

<sup>34</sup> Mt 19, 3-6.

<sup>35</sup> Ef 5, 32.

Yo tengo fe... Y porque tengo fe mi alma salta de gozo ante las palabras de Dios a nuestros Primeros Padres en el Paraíso terrenal: «Creced, multiplicaos y llenad la tierra»<sup>36</sup>.

Pues «me viene a la mente, surgiéndome de lo más profundo e íntimo de mi corazón, una necesidad muy honda de comunicar y expresar aquello que quedó inscrito y como grabado en mi alma a fuego, ante la comunicación del día 21 de marzo de 1959; cuando Dios me hizo ver, de una manera profundísima, íntima y prolongada, cómo el Seno del Padre estaba abierto, ¡y de qué manera!, esperando la llenura de los hijos creados a imagen y semejanza de lo que a Él le hace ser lo que es, en sí, por sí y para sí, en su subsistencia eterna y suficiencia infinita, trascendente y familiar;

para meterlos a participar en el gozo infinito y coeterno del que es bueno, que se goza en hacer felices a otros seres con su misma felicidad, dicha y disfrute eterno; y pudieran entrar, viviendo por participación, en la vida gloriosísima, dichosísima, eterna, divina y trascendente de su misma Divinidad, sida, poseída y disfrutada por Él en intercomunicación familiar y hogareña de vida trinitaria.

De forma que pudieran contemplar a Dios con sus mismos ojos, bajo los centelleantes fulgores de su sapiental sabiduría; haciéndoles semejantes a Él; y, al contemplarle cara a cara, quedarán «transformados de claridad en claridad en aquello que contemplan»<sup>37</sup>; y, como fruto, rom-

<sup>36</sup> Gén 1, 28.

<sup>37</sup> Cfr. 2 Cor 3, 18.

pieran con el Verbo cantando, ¡con el Unigénito de Dios!, su canción, en las vibraciones amorosas, infinitas y coeternas del Espíritu Santo.

Mientras que yo, [...] ante tan alta y subida contemplación, por lo que estaba viviendo, descubriendo, saboreando y penetrando, exclamaba, como en una locura de amor, bajo la fuerza, el ímpetu y el amor del Espíritu Santo:

“¡Almas para Dios! ¡Hijos para su seno!”.

Lo repetía y repetía... Y mientras más lo repetía, más aumentaba la necesidad que tenía en mi espíritu de buscar almas para Dios».

«Y, sumergida en la misma Divinidad, trascendida y trascendiendo, contemplaba el misterio recóndito y trascendente del que Es, en la intimidad de su Familia Divina; sída y poseída en su solo acto de ser, infinita y eternamente subsistente y suficiente, que hace romper a todos los Bienaventurados en una exclamación de júbilo de amor ante la llenura de la posesión de Dios, en adoración de reverente postración en su éxtasis de amor, sobrepasados por la excelencia excelente del que es bueno, siéndose lo que es y haciéndolos felices con la posesión, en participación, de su misma vida divina».

«Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los Cielos;

por cuanto que en Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él en el amor;

y nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para la alabanza del esplendor de su gracia, que nos otorgó gratuitamente en el Amado;

en quien tenemos la Redención por su Sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, que superabundantemente derramó sobre nosotros con toda sabiduría e inteligencia»<sup>38</sup>.

Por lo que el día 17 de junio de 2003 exclamaba: «Hijos amadísimos de la Santa Madre Iglesia: ¡Almas pido para llenar el Seno del Padre!, según su eterna voluntad lo deseó y determinó cuando, al crear a nuestros Primeros Padres, los hizo los reyes de la creación; y, poniendo en ellos la apetencia y necesidad de unirse en el amor, los hizo capaces de colaborar en la creación de criaturas racionales, a imagen y semejanza de la misma paternidad divina, bajo estas sublimes palabras: “Creced, multiplicaos y llenad la tierra”.

Fin principal para el cual Dios puso en el amor conyugal de los esposos la exigencia de unirse tan íntimamente que sean una sola carne; para que, colaborando con el mismo Dios en los planes de la creación, y, como fruto de esa unión, procreando, llenaran la tierra de hombres, almas para Dios, hijos para su seno, que está abierto, esperando su llenura.

---

<sup>38</sup> Ef 1, 3-8.



Siendo tan sublime este misterio, que Dios mismo capacita al hombre para que, por el don gratuitamente recibido de lo Alto, colabore con Él a crear criaturas que, a imagen y semejanza del mismo Dios, puedan llegar a poseerle.

Por lo que hoy, ante la conciencia que Dios pone en mi espíritu en relación a sus planes eternos sobre la humanidad –los cuales yo tengo que manifestar, por voluntad divina, como el Eco pequeño y diminuto, pero vivo y palpitante, de la Madre Iglesia–, y ahora con relación a cuanto vengo diciendo sobre la unión conyugal por el Sacramento del Matrimonio; pido a cuantos quieran escuchar lo que, de parte del que Es, tengo que comunicar, pero de modo especial a los miembros del Cuerpo Místico de Cristo:

que se vayan haciendo conscientes y consecuentes de lo que el Infinito Ser soñó con relación a ellos cuando les creó para que, unidos, dando gloria al mismo Dios, llenen sus designios y planes eternos mediante el cumplimiento de su divina voluntad, que espera con su seno abierto su llenura con los hijos creados –mediante la colaboración de los esposos–, sólo y exclusivamente para poseerle, dándoles a vivir de su misma vida, bebiendo en los refrigerantes torrentes de sus manantiales divinos, saciándoles en el convite gloriosísimo y coeterno de su misma divinidad».

«Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él.

Queridos: ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es»<sup>39</sup>.

«Ráfagas de gloria,  
en brechas de Cielo,  
surgen de la hondura  
de mi pensamiento.

Una vida inmensa  
descubro entre velos,  
cuando busco, en sombras,  
el fin de mi vuelo.

Unas lumbres claras,  
cual claros luceros  
en centelleantes  
pupilas en fuego,  
vislumbro, si busco  
al que espero.

¡Una vida inmensa  
tras de mi destierro!».

16-2-1973

«Y mientras contemplo los misterios de Dios y sus planes y designios eternos, que me pide almas para repletar su seno abierto, con los hijos que el hombre ha de darle en el matrimonio, y hacerles participar de la misma vida que Él vive; veo la desoladora destrucción que causan los planes terroríficos y diabólicos, que se van apoderando del corazón y del pensamiento de los hombres.

<sup>39</sup> 1 Jn 3, 1-2.

E intensa y profundamente acongojada, vuelta al Infinito Creador, con la Santa Madre Iglesia tirada en tierra y llorosa, jadeante y encorvada, desde su grandeza a mi pequeñez, hecha una con “Cristo, y Éste crucificado”, imploro a Dios su divina clemencia, llena de misericordia.

Ya que, después de haber visto caer a Luzbel al Abismo tenebroso e insondable que se abrió para él ante su rebelión contra el Infinito Creador, y después que, tras el camino de la vida, vi que los hombres caían precipitada y despavoridamente en el Abismo abierto para los que, como el diablo, le dicen a Dios que “no”; vivo entre penares de muerte y agonías terribles de Getsemaní, como el Eco de la Iglesia, con mi cántico de Iglesia, clamando: “¡Almas para Dios! ¡Hijos para su seno!”».

«Apreturas reprimidas  
en la hondura de mi pecho,  
con silencios prolongados  
en encierros de misterios...

¡Dios sabe las agonías  
de mis clamores en duelo  
por la urgente petición  
de su palabra en mi seno!

¿Qué importa que yo me muera  
sin expresar mis anhelos,  
si mi trofeo es la cruz  
en conquista del Eterno?

Son extraños los penares  
de la lucha de mi vuelo;

sólo Dios sabe el porqué  
de cuanto oprimo en secreto.

Largas son mis agonías  
en torturantes tormentos,  
vagando, como extranjera,  
a lo largo del destierro.

Extrañez siento en mi vida  
de cuanto a mi lado tengo,  
pues soy distinta y distante,  
por vivir Gloria en el suelo;  
¡opresiones torturantes  
en peticiones de Inmenso!  
que, al no poder contenerlas  
por más tiempo en mis adentros,  
hacen que prorrumpa en llanto,  
suspirando por el Cielo.

Son profundos mis penares  
tras la noche de mi encierro.

¡Duras son mis agonías,  
por mi clamar en silencio!».

Abril 1975

«Por lo que, a veces, cuando veo a los esposos cristianos pensando, contando y poniendo número a los frutos del amor que les une en matrimonio haciéndolos una sola carne, me siento desalentada; porque, tal vez, no haya podido expresar aún, antes de morirme, la trascendencia trascendente de los planes de Dios, realizados en correspondencia total e incondicional a lo que Él quiso y soñó de todos los hombres y de cada uno de nosotros.

Por eso, y por mucho más que no acabaría, si siguiera adelante evocando y manifestando los designios del Coeterno Ser sobre los esposos, y la grandeza de su matrimonio, exclamo:

Dadle hijos como Dios os pide y me pide, para que vivan, mediante la gracia, por participación, de su misma vida, y se pueda plasmar en ellos la voluntad de beneplácito de Dios según su pensamiento divino lo soñó desde toda la eternidad.

Para que cuando llegue el día de la Eternidad, que es mañana, ¡mañana, no más!, hijos queridísimos y entrañablemente amados, hayáis dado a Dios no los hijos que, según vuestros cálculos, son necesarios y suficientes, sino los que Él pensó y necesitó recibir de cada una de sus criaturas racionales, y de los miembros de la Iglesia, cuando nos creó y predestinó para cumplir sus planes eternos, llenos de designios infinitos, para todos y cada uno de los hombres».

«Los pensamientos de los hombres, ¡cuán vanos son!»; el pensamiento de Dios, ¡qué infinito, qué divino, qué amoroso y qué eterno!, inclinándose hacia la humanidad caída, en compasión de misericordia y ternura infinita mediante la Encarnación del Verbo, que se inmoló en reparación cruenta y redentora.

Es Dios el que ha determinado y tiene que determinar la realización de sus planes eternos sobre cada uno de los hombres. Y sólo así, cuando se presenten ante Él, habrán llenado completamente el fin para el cual han sido creados,

con relación a sus vidas unidas en matrimonio para siempre con el fin de darle “¡hijos para Dios! ¡almas para su seno!”».

«*Quisiera* ser donación  
que nunca nada pidiera,  
que siempre a todos se diera  
en total inmolación.

*Quisiera* ser, con mi Esposo,  
Eucaristía callada,  
por el silencio sellada  
en sacerdocio amoroso.

*Quisiera*, con fuerte ardor,  
ser sacrificio incruento,  
donándome en alimento  
para gloria del Amor.

*Quisiera*... –¡cuánto quisiera!–,  
que mi vida consagrada  
fuera por Dios aceptada  
sin que nadie lo supiera.

*Quisiera* que tanto amara,  
que, postrada en rendición,  
fuera toda adoración  
que al Inmenso reparara.

*Quisiera* que, ante Dios puesta,  
la Infinita Majestad  
tuviera en mi lealtad  
incondicional respuesta.

*Quisiera*... –¡cuánto quisiera!–  
que mi ilusión reprimida  
fuera rompiendo de vida  
para todo el que me oyera.

¡Cuánto quisiera, Señor...!  
Pero Tú no me hagas caso;  
si es que el fuego en que me abraso  
me hace delirar de amor».

4-7-1975

Mientras que yo, unida con Cristo en desposorio eterno desde el día de mi consagración, quiero ser una con Él, sólo para Él, descanso de su corazón y consuelo que busca, apoyada en su pecho, darle gloria y hacerle sonreír, como esposa locamente enamorada de mi Esposo divino. El cual es mi mío y yo soy su suya, sólo para Él, por mi desposorio con el Esposo eterno:

«Mi Amado es para mí y yo soy para Él. Pastorea entre azucenas.

Antes de que refresque el día y huyan las sombras, vuelve, Amado mío, semejante a la gacela o al cervatillo por los montes de Beter»<sup>40</sup>.

«Vi, y he aquí el Cordero, que estaba sobre el monte de Sión, y con Él ciento cuarenta y cuatro mil, que llevaban su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes; y oí una voz del Cielo, como voz de grandes aguas, como voz de gran trueno; y la voz que oí era de citaristas que tocaban sus cítaras y cantaban un cántico nuevo delante del trono y de los cuatro vivientes y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino los ciento cuarenta y cuatro mil, los que fueron rescatados de la tierra.

<sup>40</sup> Ct 2, 16-17.

Éstos son los que no se mancharon con mujeres y son vírgenes. Éstos son los que siguen al Cordero adondequiera que va. Éstos fueron rescatados de entre los hombres, como primicias para Dios y para el Cordero, y en su boca no se halló mentira; son inmaculados»<sup>41</sup>.

Y vivo feliz y me siento la criatura más privilegiada del mundo, entregada incondicionalmente a Cristo por mis votos eternos de castidad, pobreza y obediencia a los que representan a Dios para mí, los Sucesores de los Apóstoles, a los cuales Cristo encomendó su Iglesia.

Y por la voluntad del Padre y en el amor del Espíritu Santo soy madre espiritual de las almas y doy hijos a Dios, almas para su seno.

«¡Qué unión la del Amor en nuestras almas...!  
¡Qué unión cuando nos une en su Misterio...!  
¿Quién podrá comprender cómo Dios une,  
cuando es obra de amor para su Reino?

El Amor besa al alma,  
sin saberlo;  
ésta se siente madre  
en su cauterio,  
y el mismo Amor que la fecundizó  
le introduce los hijos en su seno.

Y entonces, ¡oh, qué unión!  
en secreto,  
pues, donde mora Dios  
en su aposento,

<sup>41</sup> Ap 14, 1-5.

se siente madre el alma con sus hijos,  
siendo unos, en Él, con gozo eterno».

18-5-1966

\*

Yo tengo fe. Y porque tengo fe me siento descendencia de Abraham, hija y heredera de la Promesa que Dios hizo a su alma según el mismo Dios nos lo manifiesta a través de las lecturas de las Sagradas Escrituras en la Santa Misa de estos días:

«Hermanos: No fue la observancia de la ley, sino la fe, la que obtuvo para Abraham y su descendencia la promesa de heredar el mundo. Por eso, como todo depende de la fe, todo es gracia: así la promesa está asegurada para toda la descendencia, no solamente para la descendencia legal, sino también para la que nace de la fe de Abraham, que es padre de todos nosotros.

Así lo dice la Escritura: “Te hago padre de muchos pueblos”. Al encontrarse con el Dios, que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe, Abraham creyó. Apoyado en la esperanza creyó, contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchas naciones, según lo que se le había dicho: “Así será tu descendencia”.

Hermanos: ante la promesa de Dios, Abraham no fue incrédulo, sino que se hizo fuerte en la fe por la gloria dada a Dios al persuadirse de que Dios es capaz de hacer lo que promete, por lo cual le fue computado como

justicia. Y no sólo por él está escrito: “le fue computado”, sino también por nosotros a quienes se computará si creemos en el que resucitó de entre los muertos, nuestro Señor Jesús, que fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación»<sup>42</sup>.

«Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que os habéis incorporado a Cristo por el Bautismo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abraham y herederos según la promesa»<sup>43</sup>.

\*

Yo tengo fe, porque soy Iglesia y, dentro de ella, el Eco de esta Santa Madre, y antes dejaría de ser alma que de ser Iglesia Católica, Apostólica y cimentada bajo la Sede de Pedro.

Yo tengo fe... Y porque reconozco en la Iglesia y recibo de ella todos los dones y frutos que el único Dios verdadero, por su Unigénito Hijo, Jesucristo, su enviado, dio a mi Santa Madre; confieso, mediante mi vida de fe, llena de esperanza y abrasada en el amor del Espíritu Santo, al único Dios verdadero, que a mí, la más pequeña de las hijas de la Iglesia y, como dice el Apóstol San Pablo, «como un abortivo», se me ha revelado de tan distintas y diversas maneras, enviándome:

<sup>42</sup> Rm 4, 13. 16-18; 20-25.      <sup>43</sup> Gál 3, 26-29.

«¡Vete y dilo...!»; «¡Esto es para todos...!»;  
«¡El que Es me envía a ti...!»;

Para que manifieste en mi canción de Iglesia, «con ocasión y sin ella»<sup>44</sup>, cuanto El que Es me ha encomendado, a los hombres de todo pueblo, raza y nación, repitiendo con el Apóstol San Pablo:

«A mí, el más insignificante de todo el Pueblo santo, se me ha dado esta gracia: anunciar a las naciones las insondables riquezas de Cristo y poner en plena luz la realización del Misterio, oculto desde los siglos en Dios, Creador de todo, para que por medio de la Iglesia aparezca la multiforme sabiduría de Dios según el designio eterno, realizado en Cristo, Señor nuestro, por quien tenemos libre y confiado acceso a Dios por la fe en Él»<sup>45</sup>.

Yo tengo fe inquebrantable, recibida por medio de los Apóstoles y sus Sucesores.

Y, porque tengo fe, creo que Dios se nos da por su unigénito Hijo Jesucristo mediante el misterio de la Encarnación del Verbo, realizado tan sólo por obra y gracia del Espíritu Santo en el seno de Nuestra Señora toda Virgen, toda Madre, toda Blanca de la Encarnación; y que el misterio de la vida, muerte y resurrección de Cristo, se nos perpetúa dentro y en el ánfora anchurosa, repleta y saturada de Divinidad, santa y santificante, de la Santa Madre Iglesia para salvación de toda la humanidad, con corazón

<sup>44</sup> 2 Tim 4, 2.

<sup>45</sup> Ef 3, 8-12.

de Padre, canción de Verbo y amor de Espíritu Santo.

«Vivo llena de nostalgias  
en clamores de mi Amado,  
saboreando su encuentro  
en tiernos toques sagrados.

Yo sé que Él vendrá a buscarme  
en el día señalado,  
para llevarme a sus bodas  
en festín de enamorados.

Oigo su paso en la noche,  
apercibo sus contactos,  
y sé que viene a mi encuentro  
como Jayán encelado.

Nada hay en mi interior  
que no esté a Dios consagrado,  
viviendo en festín de amores  
el Inmenso con su heraldo.

Mi voz es dulce a su amor,  
Él me escucha cautivado,  
porque oye, en mi canción,  
las glorias de su reinado.

Conquistador de mi vida,  
que, cual gladiador luchando,  
ganar supiste el trofeo  
de mi pecho lacerado;

yo te esperaré en mis noches  
sin que me rinda el cansancio,  
porque el amor es mi fuerza  
para esperar al que amo.

*Yo tengo fe*

¡Nadie cortará mi vuelo  
cuando, impelida, me lanzo  
tras el Esposo infinito,  
que siempre me está llamando!

¿Qué es la prueba y la fatiga,  
si, reclinada en mi Amado,  
apercibo los latidos  
de su pecho taladrado...?

¡Yo me abraso en las nostalgias  
de aquel encuentro anhelado  
que me prometió el Dios vivo  
por el poder de su brazo!

Amador de mis amores,  
esperando, ¡yo te amo!».

Noviembre-1975